

fue el violento resultado de una dictadura sangrienta. Atrevida y discutible conclusión, que aquí no podemos examinar sin marcar, por ejemplo, elementos emotivos que los militares aprovecharon en un momento crítico y terminal del Proceso.

El libro es interesante, muestra el estado de los estudios sobre el Proceso. Sólo dos observaciones para dar fin a la reseña. Primero, en cuanto a la factura del libro: falta un hilo conductor (incluso en lo teórico) que otorgue cierta unidad a las diversas contribuciones, de lo contrario se convierten en microhistorias deshilvanadas, aisladas, narrativas nada más. Segundo, es difícil hacer historia (o elaborar narrativas), incluso si se dicen académicas, olvidando la historia, es decir, olvidando que las cosas no suceden al azar, que aún en los asuntos humanos hay un nexo causal (racional volitivo) que fuerza comprender y explicar el pasado reciente por el pasado no tan reciente. Quiero decir, el Proceso no fue el «tiro aire de un borracho». Fue algo así como el «tiro intencionado de una institución armada», que si disparó fue porque hubo causas anteriores que provocaran el efecto, el disparo.

Juan Fernando SEGOVIA

Juan Carlos Torre, *Diario de una temporada en el quinto piso. Episodios de política económica durante el gobierno de Alfonsín*, Buenos Aires, Edhasa, 2021, 540 pp.

El autor de este libro, Doctor en Sociología por la Universidad de París, quien fuera militante juvenil comunista en la Universidad de Buenos Aires y se define como un intelectual de izquierda, es reconocido sus trabajos sobre historia y sociología, en particular sobre el sindicalismo y su relación con el peronismo: «Los sindicatos en el gobierno. 1973-1976» (1983), «Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo» (2012), «Los años peronistas» (2014), entre otros. Entrando en los ochenta años (nació en 1940) decide dar a la luz en la forma de este diario, muchos años después, sus impresiones sobre la política económica del gobierno radical de Alfonsín (1983-1989). Impresiones de primera mano, ya que apenas asumido el presidente fue invitado a participar en el equipo de la Secretaría de Planificación conducido por Juan

Sourrouille, quien en 1984 pasaría a hacerse cargo del Ministerio de Economía, llevándose a Torre con él. El autor seguiría en la función pública hasta setiembre de 1988. Tal como indica en la Introducción, la novedosa experiencia personal de participar de la administración pública lo impulsó a dejar registradas sus impresiones en una serie de grabaciones que ahora resuelve transcribir y publicar, aumentadas con algunas cartas personales.

El grueso volumen, a primera vista poco atractivo en su asunto, termina resultando de atrapante lectura, se coincide o no con los puntos de vista del autor. Una primera capa de lectura nos revela, a través del relato de una multitud de acontecimientos cotidianos, cómo funciona por dentro un gobierno. Por supuesto, tal como corresponde a una democracia moderna, son las interminables reuniones y discusiones las que predominan. También, en esta misma clave, el diario se puede leer como un relato de primera mano acerca de la evolución de la política y la economía en aquellos años. Y pongo la política en primer término porque de la lectura del libro se desprende la impresión de que, más allá de los problemas económicos estructurales de la Argentina, su política económica estuvo subordinada entonces a los avatares de la política.

En primer lugar, a las tensiones propias del sistema de partidos, que convierte a cada decisión en una partida de ajedrez en las que los actores puján para satisfacer sus intereses. Torre nos va contando de qué manera la gestión de Alfonsín se empantana en una pugna permanente con el peronismo, el sindicalismo, los empresarios, los acreedores extranjeros. Pugna que revela el costado más ingrato de un presidente idolatrado por muchos como el padre de la democracia argentina moderna: Alfonsín era un gran orador, un político hábil y dotado para «la rosca» política, pero bastante indeciso a la hora de tener que gobernar. Una de las razones, que el autor señala una y otra vez, es la obligación que sentía el presidente por reconocer y agrandar a sus compañeros de partido, aun cuando esto fuera en desmedro de la gestión. En segundo lugar, y tal vez más importante que lo primero, la política económica estuvo subordinada a las propias aspiraciones de Alfonsín de liderar un proyecto político que pudiera proyectarse en el tiempo, que denominó el «Tercer Movimiento Histórico». Por eso la política económica se caracterizó por la búsqueda per-

manente de resultados que permitieran dar sustento político al proyecto personal.

En este contexto, son dos las cuestiones que ocupan más páginas: las negociaciones con el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y otros acreedores, y la lucha por controlar la inflación. Así, se relatan las interminables negociaciones con los técnicos del Fondo, las idas y venidas para conseguir dólares frescos. Y también se nos muestran las diversas iniciativas para intentar frenar un fenómeno que venía desde los años del Proceso y que el ministro Sourrouille y su equipo, salvo los meses de éxito del «Plan Austral», no lograron domesticar. No olvidemos que Alfonsín se vio obligado por la hiperinflación, a mediados de 1989, a adelantar la entrega del gobierno a Carlos Saúl Menem varios meses antes de lo previsto.

Junto a esta lectura hay una que resulta tanto o más interesante. En el fondo, lo que guía las impresiones que Torre registra en su diario es el conflicto entre la racionalidad propia de un investigador, parte de un equipo de técnicos, y la «racionalidad» pragmática propia de la política democrática, que se mueve en el interior de un universo signado por la pugna de intereses contrapuestos que tienen lo electoral como horizonte principal. El autor expresa su perplejidad ante la «irracionalidad» de la política concreta, real, que no se deja conducir ni encasillar por la fría eficacia de la mentalidad tecnocrática. Esta sensación de extrañamiento, que se hace más patente a medida que la política económica en cuya elaboración colabora Torre agota sus escasos medios de éxito, se percibe claramente, por ejemplo, cuando analiza la comunicación política. A pesar de estar formado en el metódico proceder y la claridad del lenguaje científico, el autor admite haber caído bajo la seducción del discurso alfonsinista. Pero luego comienza a descubrir que el presidente adopta conscientemente la ambigüedad y la confusión como instrumentos discursivos. Y no obstante entender que dicha indefinición pueda ser funcional a la construcción de la institucionalidad democrática en medio de la complejidad de aquellos tiempos, se percibe claramente la frustración provocada por descubrir que el discurso político nunca va a alcanzar la precisión del científico. Y que, por ende, los resultados políticos siempre van a ser frágiles y efímeros comparados con aquellos de la investigación científica.



A lo largo de las entradas del diario se va notando un paralelo entre la progresiva frustración de un equipo económico que no encuentra salidas a la crisis y aquella del autor que, del inicial entusiasmo por formar parte de la historia grande que se construye ante sus ojos, admite el fracaso y la necesidad de volver al refugio de la investigación científica. Por eso escribe a su hermana en abril de 1988, con un dejo de ironía, su situación personal: «Este paréntesis intelectual de cuatro años, durante los cuales mi trabajo ha consistido en ayudar al trabajo de otros –por ejemplo, darle consejos a un ministro o a un secretario, escribir discursos de un ministro o un secretario, asistir a los desahogos de un ministro o un secretario, sugerir ideas a un ministro o a un secretario para que las transmitan al presidente–, ha hecho crecer en mí un sentimiento de frustración que debo atender» (p. 438).

Esta obra, además de su interés intrínseco por las razones que hemos indicado, también resulta atractiva particularmente al público argentino, porque es reveladora de una toma de posición crítica ante un periodo de la historia argentina, el de la recuperada democracia post-dictadura militar, que hasta ahora ha sido objeto de un consenso social e intelectual casi indiscutible. Torre, tal como sucedió a muchos otros intelectuales provenientes de la izquierda, enuncia las razones por las cuales el alfonsinismo encarnó para muchos la posibilidad de concretar las esperanzas de una sociedad democrática, igualitaria y progresista sin necesidad de recurrir al callejón sin salida de la violencia revolucionaria de los 70. Pero, a la vez, también nos da pistas de las razones del fracaso de la experiencia. Alfonsín estaba dotado de cualidades más propias de un político chapado a la antigua, de comité, que le permitieron condensar en su persona el ideal democrático mayoritario entonces, pero no tenía aquellas necesarias para gobernar la compleja realidad. Demasiado aferrado a su ego y un proyecto personal que, pensaba, lo haría proyectarse en la historia, con escasa capacidad para moverse entre la puja de intereses contrapuestos e imponer su criterio, se podría decir que, como se percibe de la lectura, fue derrotado por la realidad.

Gonzalo SEGOVIA